

Antonio Colinas: el río de la poesía

por José Luis Puerto

Si tuviéramos que elegir una figura emblemática que, con su escritura, representara y sintetizara de un modo convincente lo que ha sido la aventura de la poesía española de los últimos treinta años, desde 1970 hasta hoy mismo, acaso tuviéramos que recurrir, más que a ningún otro, al nombre de Antonio Colinas.

Así parecen haberlo sentido las decenas de especialistas e integrantes del mundo crítico y poético, cuando, para la elaboración de *El último tercio del siglo (1968-1998). Antología consultada de la poesía española* (Visor, Madrid, 1998), han destacado el nombre de Antonio Colinas en uno de los lugares más altos entre los poetas incluidos en la nómina final.

Pero, más allá de cuentas y de recuentos, esto mismo lo van confirmando, silenciosamente y, a la vez, de modo elocuente, haciéndose con sus libros, en una fidelidad con que pocos escritores cuentan, los lectores. Y, en este sentido, hay algo que merece ser destacado de entrada, por su excepcionalidad y por el valor que ello le otorga: la poesía de Antonio Colinas traspasa los muros de los reducidos ámbitos literarios y llega a un lector común y anónimo, que percibe en ella un aliento estético y a la vez rehumanizador (una conjunción por desgracia no tan frecuente en nuestra lírica de las últimas décadas) muy necesario en unos tiempos de tanta precariedad del espíritu, y en los que valores como el silencio, la lentitud, la mansedumbre, la retirada, la renuncia, el equilibrio o la armonía, son aplastados por la aceleración, la prisa, el ruido, la competición y eliminación del adversario, el tener o el aparentar... En este sentido, los lectores sienten la de Antonio Colinas como una poesía que va a contracorriente de esta desdichada lógica, en la búsqueda de la dirección verdadera, frente a todas las devastaciones que nos toca padecer y soportar.

Y esta positiva acogida y recepción por parte de los lectores hace que, desde 1982, en que mereció el Premio Nacional de Poesía (*Poesía, 1967-1980*), la lírica reunida de Antonio Colinas haya ido conociendo varias entregas, la última de las cuales, recién reeditada, tras su salida en 1999, es la titulada *El río de sombra. Treinta años de poesía, 1967-1997* (Visor, Madrid, 2000), y cuyo subtítulo guarda, no en balde, evidentes concomitancias con la antología citada más arriba.

Tal recopilación reúne ocho libros -desde el inicial, *Preludios a una noche total* (1969), hasta el último, *Libro de la mansedumbre* (1997), pasando por títulos tan significativos como *Sepulcro en Tarquinia*, *Astrolabio* o *Noche más allá de la noche*- y tres cuadernos o "plaquettes". Echándose en falta, dentro del conjunto, el librito de poemas editado en Córdoba (1984), titulado *La viña salvaje*.

En las siguientes líneas, más que análisis pormenorizado alguno de esta poesía (que ya en otros momentos anteriores hemos esbozado), vamos a tratar de dar, a grandes líneas, algunos rasgos

de por qué la vemos representativa en grado sumo de lo que ha sido la lírica española en los últimos treinta años.

Hacia una obra total

Es la de Antonio Colinas una de las obras literarias que mejor nos pueden guiar ante un tiempo de crisis y devastaciones, como es el de este final de siglo y de milenio, que nos toca vivir, tan lleno de hechos y acontecimientos perturbadores, que apuntan tantas veces a la destrucción del hombre y de su entorno natural.

Toda la obra de Antonio Colinas aspira a ponernos en contacto y a desvelarnos los grandes misterios, los universales, en los que estamos inmersos y de los que con demasiada frecuencia somos tan inconscientes: el amor, la muerte, la naturaleza, el universo, el espacio que habitamos...; y todo ello en busca de la plenitud, de la armonía, como un destino hermoso que nos está reservado y que podemos alcanzar si sabemos vivir, transcurrir al unísono, en concordancia con el latido del mundo.

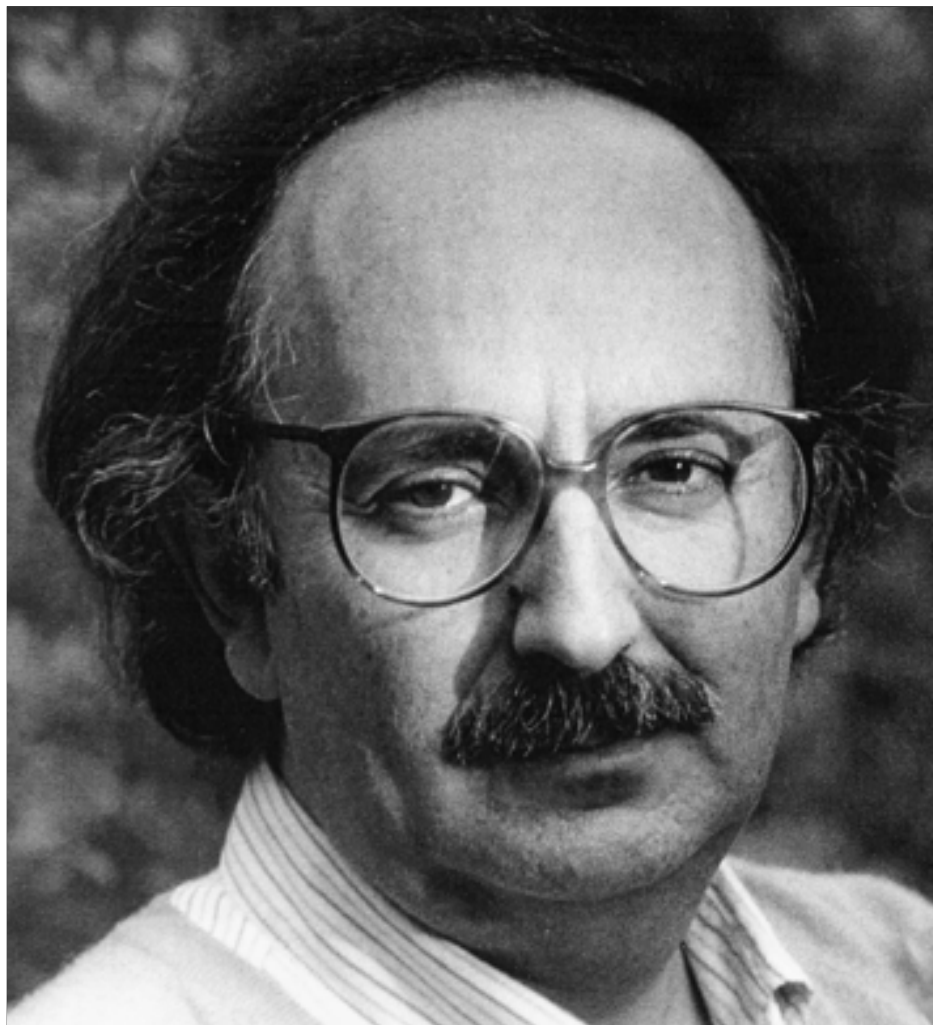
Pero, a la vez que advertimos en ella esta aspiración, la obra de Antonio Colinas no se evade de la realidad que nos toca vivir y, de hecho, pone también el dedo en la llaga, denuncia los desastres de un mundo desequilibrado que produce guerras, genocidios, limpiezas étnicas, hambre, incultura, destrucción de la naturaleza y otros signos de barbarie.

Un lirismo muy puro

Y todo este universo aparece expresado mediante una palabra cálida, intensa, cordial, pero a la vez serena, equilibrada, reflexiva, que nos lleva al territorio de la belleza, de una belleza que nunca se desentiende de la vida, sino que tiene en ella su ámbito natural; de ahí esa conexión entre la obra de Antonio Colinas y el lector de hoy, tan necesitado de unos valores, de una belleza, de unas señales que la realidad le niega y también, tantas veces, una literatura vacía, que se queda en meros fuegos verbales de artificio.

Cosmos frente al caos, la poesía de Antonio Colinas se nos aparece atravesada por un lirismo muy puro; se escucha en ella el rumor de la persona y su aspiración a la belleza; no elude la emoción ni la intensidad de la palabra; lo cordial y afectivo deja en ella sus marcas, pero siempre a través del tamiz de una inteligencia que depura y contiene; todo lo cual otorga a esta poesía una elegancia que nos transmite armonía, de la cual tan necesitados estamos. El propio autor en algún momento ha señalado a este respecto: "Lo lírico es un valor todavía actual y fértil y no debe ser condicionado por la Historia."

Un continuo juego de contrarios la atraviesa, como si quisieran conjugarse y aun superarse; un juego de contrarios que nos recuerda la figura del dios bifronte Jano, tan querido para el poeta y nombre del protagonista de sus dos novelas: *Un año en el Sur* y *Larga carta a Francesca* y en su libro reciente *El cruzado de la luz*. Lo mediterráneo y lo norteño, la noche y la luz cálida y serena, el amor como búsqueda y plenitud y la caída y las ruinas como signos de muerte, la vida y la cultura, las raíces y la universalidad, la naturaleza y el complejo mundo del hombre, lo clásico y lo



Antonio Colinas

romántico, lo oriental y lo occidental, la unidad y la diversidad...; de estas y otras contraposiciones está tejida la poesía de Antonio Colinas, según una concepción bifronte o bipolar, que busca no quedarse ahí, sino, a través de la superación de los contrarios, alcanzar un territorio de armonía y equilibrio que nos lleve a una revelación del lado oscuro y oculto del mundo y del hombre.

La noche, el amor, la muerte, las ruinas, el otoño, la luz, la naturaleza, el mundo clásico y mediterráneo, pero también el espacio del noroeste..., son algunos de los signos que fluyen de continuo por la poesía de Antonio Colinas, por esa corriente oscura, la del fluir de Heráclito, expresión con la que nuestro autor ha querido titular el conjunto de su obra poética: *El río de sombra*.

Claridad y armonía

Tiene el estilo de Antonio Colinas, tanto en verso como en prosa, el don de la claridad; su palabra es nítida y su ritmo es muy puro. Se trata de un estilo que tiende a la armonía, a esa belleza

serena que ya advertimos en nuestros mejores poetas desde el Renacimiento. Acaso dicha claridad tenga que ver con esa nitidez de perfiles y de formas que existe en la Meseta; de hecho, en poetas que han nacido o han vivido en ella, es advertible este mismo decir claro; recordemos, por ejemplo, a Garcilaso de la Vega, a Fray Luis de León o a San Juan de la Cruz, en nuestro Siglo de Oro; o, ya en nuestra época, a Antonio Machado, a Jorge Guillén o a Claudio Rodríguez; poetas todos ellos con los que la lírica de Antonio Colinas guarda un cierto parentesco. Claridad del estilo que, en el caso de nuestro autor, tiene que ver con una mirada armoniosa sobre el hombre y el mundo.

La belleza y la cultura se relacionan siempre con la vida en toda la obra de Antonio Colinas, así como también la emoción con la reflexión, la intensidad lírica con el pensamiento. Y es que este escritor es uno de los mayores representantes en nuestro panorama literario de una de las vías más fértiles de la contemporaneidad: aquélla que sabe aunar, que sabe poner en armonía, las dos grandes tradiciones que nuestra cultura

nos ha legado desde sus orígenes: la tradición clásica y la tradición romántica. Y esta vía de la contemporaneidad, que liga las tradiciones citadas, está hoy muy viva, a pesar de sus detractores, y estamos seguros de que seguirá produciendo excelentes frutos literarios que ayudarán a muchos lectores a descubrir unas señas vitales que una realidad mezquina nos desdibuja y nos vela. De ahí esa función crucial del escritor, del poeta, de desvelar, algo que hace Antonio Colinas a lo largo de toda su obra.

Cultivo de distintos géneros

Uno de los rasgos que enseguida llaman la atención cuando nos acercamos a este escritor es su cultivo de muy distintos géneros, en una aspiración, tan del gusto de los humanistas, hacia la escritura total, expresando el mundo propio desde las distintas posibilidades que la escritura ofrece.

Revelado y conocido fundamentalmente como poeta, con obras tan significativas como *Sepulcro en Tarquinia*, *Astrolabio*, *Noche más allá de la noche* o el todavía reciente *Libro de la mansedumbre*, por no citar sino algunos títulos, bien conocidos de sus lectores, de entre toda su lírica; nos sorprendió con una obra narrativa en la que exploraba mundos como el de la propia formación vital y estética, la estancia en Italia, el territorio leonés de la niñez con todas sus ensoñaciones, así como el ámbito mediterráneo, en novelas como *Un año en el Sur* y *Larga carta a Francesca*, o en libros de relatos como *Días en Petavonium*; y con una bellísima obra con textos breves, entre lo aforístico, la poético y lo meditativo, la titulada *Tratado de armonía*.

Otras significativas obras en prosa participan de lo narrativo, de lo artístico y aun de lo poético. Sus *Orillas del Órbigo* suponen un recorrido lleno de conocimiento y sensibilidad sobre su tierra natal, La Bañeza, y la ribera a la que pertenece, como también *El crujido de la luz*, memoria infantil en el espacio de origen. El *Viaje a los monasterios de España*, deliciosísimo libro, ya inencontrable, está pidiendo a gritos una reedición que, por fortuna, se halla anunciada como próxima. Esa naturaleza plena,

que tanto reivindica Colinas y que atraviesa todos sus libros, aparece expresada en las prosas de *La llamada de los árboles*.

Pero la obra de Antonio Colinas aborda también la reflexión sobre la poesía y los poetas, en busca de la tradición que le es propia; sobre el arte y los artistas; sobre el mundo clásico; sobre la realidad y la vida...; vertida no sólo en libros (*El sentido primero de la palabra poética*), sino también en artículos periodísticos, en reseñas de publicaciones o en entrevistas; materiales, todos estos últimos, en los que se vierten muchas de las claves a las que obedece la obra de Antonio Colinas.

Su faceta de estudioso de aspectos creativos y biográficos de otros poetas tiene asimismo un considerable interés. Destacan sus estudios sobre Dante, los místicos españoles, Leopardi, Alexandre o Alberti entre otros. Pudiendo citar títulos como *Conocer Alexandre y su obra*, *Hacia el infinito naufragio* o *Sobre la Vida Nueva*.

Tampoco podemos olvidar su importante tarea como traductor, sobre todo de poetas y escritores italianos (Leopardi, Salgari, Pasolini, Quasimodo...) o del ámbito del catalán (Villangómez, Gimferrer, Antoni Marí y otros). Tarea sobre la que acaba de terminar una documentadísima tesis doctoral Gilda Calleja Medel.

Hacia una conjunción de tradiciones

La poesía de Antonio Colinas -como pidiera Antonio Machado- conjuga, de un modo natural, lo clásico y lo romántico. Y esta conjunción de las dos grandes tradiciones poéticas occidentales nos parece que es una de las más valiosas aportaciones de la contemporaneidad a la poesía, y, también, de Antonio Colinas.

Esta lectura romántica de lo clásico, atravesada por un aliento personal inconfundible, y guiada por maestros como Leopardi, Novalis, Antonio Machado y diversos poetas italianos y europeos contemporáneos, es lo que da a la poesía de Antonio Colinas su vigencia y

el atractivo que tiene para muchos lectores que se han acercado a ella, descubriendo en la misma señas de belleza, armonía y serenidad, frente al caos del mundo que nos toca vivir.

Situada en una tradición larga y rica, -que arranca del Tao y los presocráticos, atraviesa el mundo clásico, Dante, Cervantes o los místicos, llega hasta Leopardi y los románticos alemanes, y desemboca en nuestro siglo en escritores como Antonio Machado, María Zambrano, Leopoldo Panero o Claudio Rodríguez-, la obra de Antonio Colinas aspira a ser una obra total, basada en la iluminación del hombre y del mundo, en esa aspiración a la belleza y a la armonía, como claves que nos hacen descubrir esa "escondida senda" que conduce al centro, a ese territorio secreto en el que se hallan la plena realización y el pleno sentido del hombre.

Obra abierta

De la creación de Antonio Colinas, aún caben esperar muy buenos frutos. Ahora que se ha asentado en la Meseta, tras un itinerario vital ibicenco muy dilatado, estamos seguros que el contacto con la tierra de la raíz va a reavivar zonas de la memoria y de la experiencia del escritor acaso dormidas. Y ya, un primer fruto de este período recién estrenado por Antonio Colinas -poeta en el que vida y creación de armonizan de pleno- es ese libro de prosas sobre revivencias de la infancia que es *El crujido de la luz* (Edilesa, León, 1999), en el que, en un escenario primordial de riberas y montes, de casas y descampados, de soledad y de amistad, y a través de episodios y de anécdotas amenísimos, vemos surgir la vida de un ser -Jano, trasunto del propio autor- abierto a la amistad, al amor, a la naturaleza y al cosmos, lo que le al descubrimiento de la escritura; como también, en otro plano de la actividad del escritor, su *Antología esencial de la poesía italiana* (1999), que opta ahora mismo al Premio Nacional de Traducción.

Y altamente significativa es, tal y como indicábamos y citábamos al principio la reciente aparición de su poesía completa, con la adición de sus últimos

libros. Así como la reunión de sus poemas amorosos, aparecida no hace muchos meses, con el título tan coliniano de *Amor que enciende más amor*. Lo cual nos indica a las claras que su obra está muy viva.

Como también nos lo indica ese nuevo ciclo poético, abierto por el escritor a finales de 1999, justo en el momento de la muerte del padre; un ciclo que, por los poemas que conocemos del mismo, supone una profundización, un ir más allá, por parte del autor en su mundo, un mundo que, a través de una meditación impregnada de lirismo, está tejido de una sustancia metafísica, trascendente, misteriosa, elaborada a partir de esa triple memoria que funciona en los poetas verdaderos: la personal, la de la sociedad y la del cosmos. Un poema ejemplar, en el sentido de lo que venimos diciendo es el titulado "*Plegaria en los páramos negros*" (el arranque de este nuevo ciclo del que hablamos, fechado en "Luyego, 10-XII-1999"), en el que Antonio Colinas -como le ocurriera a Rilke en *Elegías de Duino*- oye un rumor más allá de lo humano (y que a la vez habita en él) y se atreve a expresarlo, algo que sólo les ocurre a los poetas grandes y verdaderos, que nos convierten en revelación verbal la belleza y la vida.

De su poesía, nos interesa en estos momentos destacar su ejemplaridad y su singularidad, su capacidad de iluminar el corazón de los lectores, de orientar el rumbo de la vida en una dirección rehumanizadora, en un tiempo de tanta deshumanización, de tantas desorientaciones. Y también, claro está, su lirismo y su deslumbradora belleza. Pues ética y estética se dan la mano en la obra toda de Antonio Colinas, que es lo mismo que decir vida y belleza.

antonio colin

poemas inéditos

REVIVIENDO A CIORAM

"...aquella noche en Talamanca"
(E.M. Cioram, Cahiers)

*Pues como yo tampoco me podía
dormir en el estío de la isla,
en la encrucijada más amarga,
me puse a andar hacia el pinar dormido,
hacia el monte nocturno.*

*Cioram recorrió un día este mismo camino
para llegar al mismo acantilado.
Va ascendiendo el camino junto al mar,
(áspero, polvoriento, entre piteras);
luego, entre grandes rocas abatidas.
(vestigios desolados de un cósmico dolor).
Asomado, al fin, al borde del abismo
rebosante de sombra,
comprendí que el abismo estaba en mí
y que, por eso, ya no me atraía.
Tampoco esperaré la luz del alba
como él la esperó: como una horca.*

*Cioram recorrió un día este camino
para llegar al mismo acantilado.
Ahora es noche abajo y es noche arriba.
Estoy al borde del acantilado
sin que me atraiga el abismo,
sin que me atraiga el no-ser.
Ya zarpan a lo lejos luces húmedas
y la luz bondadosa de los faros
deshacen el amargo pensamiento
sobre el murmullo manso de las olas.*

*Cioram recorrió un día este camino
para llegar al mismo acantilado.
Todo es ahora unidad: hay una luz
en lo más interior y profundo de mí.
No logro verla, pero me ilumina.
Gracias a ella será mucho más fácil
recorrer el camino de regreso
(rocoso, polvoriento, entre las pitas ásperas).
Será la madrugada
la que se quedará detrás precipitándose
en los acantilados de la luz,
en los acantilados de su luz.*

*También como Cioram, ya lejos del abismo,
es fácil comprender que la belleza
es el camino de la realidad
más sublime.
Y que en la vida (en hora tenebrosa)
sólo se debe orar o sonreír.*

CON EL DIOS ESCONDIDO

*Una mujer y un hombre arden en su silencio.
¿Qué hacemos tú y yo
aquí en esta penumbra?*

*Tú escuchas mi silencio
y yo escucho el tuyo,
y hasta parece que hemos olvidado
ese otro silencio de este lugar sagrado
por el que aquí estamos, en principio
sin saber para qué.*

*Acaso sea por esta ignorancia
que cerramos los labios,
y cerramos los ojos como si
nada nos importaran nuestras vidas ni el mundo.
Una mujer y un hombre arden en su silencio,
buscan en su interior
lo que no encuentran fuera:
¿el escondido dios, el dios desconocido,
ese ser, o ese espíritu o silencio,
que calla más que nadie desde hace muchos siglos?
¿O que habla temblando en la llama del ara?*

*Y, sin embargo, hay entre tú y yo
atmósfera gozosa,
pues algo viene y va entre nuestros cuerpos,
de tu mente a mi mente,
de tus ojos cerrados a mis ojos cerrados,
de tu silencio a mi silencio.*

*Acaso lo que fluya de manera tan dulce
sea ese otro silencio
del dios desconocido que se esconde,
mas que, a la vez (¡qué cierto!) nos envuelve
como fuego, pues va y viene como música,
nos recuerda y nos prueba.
que estar contigo aquí,
que vivir, simplemente, es un milagro.*

(del libro inédito *Tiempo y abismo*)



